

REPUBLICA DE CHILE  
Presidencia  
Secretaría de Prensa

Improvisación

PALABRAS DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. RICARDO LAGOS ESCOBAR,  
ANTE EL CONGRESO NACIONAL DE ECUADOR

QUITO, 30 de Julio de 2002

Señoras y señores:

Traigo al Congreso de Ecuador el saludo afectuoso del pueblo y del gobierno de Chile, así como mi profunda convicción que esta visita de Estado que realizo reforzará aún más los antiguos y firmes lazos de amistad que existen entre nuestros países.

Quiero agradecer la muy cordial bienvenida que me da este Congreso, que representa las tradiciones republicanas y democráticas que compartimos ecuatorianos y chilenos, junto a los demás pueblos de nuestro continente.

Quiero agradecer, señor Presidente, sus referencias a la amistad de Ecuador y Chile, sus referencias a que esta amistad se expresa de muchas formas, como las calles a las que hizo mención.

Al recibir este Collar Congreso Nacional, recordé otro momento, en aquellos años que iba a la universidad, a la Escuela de Derecho, había un busto de Eloy Alfaro, y todos los días pasando a las clases, ahí estaba Eloy Alfaro. Nunca supe que 40 años después iba a recibir de este Congreso esta medalla. Entiendo ahora, mejor que hace 40 años, que ese busto allí simbolizaba más que la presencia de uno de los símbolos que ustedes tienen acá en Ecuador, a través del General Eloy Alfaro, representaba también los valores, las visiones, las utopías

del Ecuador de entonces, que se abrazaban con valores, utopías, con el Chile de entonces. Y estaba allí, está allí, en una Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, que simboliza el sueño de las generaciones futuras.

Gracias por esta distinción, gracias por esta distinción que se enraíza en las tradiciones de este pueblo ecuatoriano, el que, como usted recordaba, en 1809 la junta soberana de Quito lanza su proclama a los pueblos de América: ***“Pueblos del continente americano, reunid vuestros esfuerzos al espíritu que nos inspira y nos inflama; ésta es nuestra divisa, ésta será también la gloriosa herencia que dejemos a la posteridad”***.

Es cierto, la ruptura del vínculo colonial, que tomaría largos 15 años desde esta proclama pionera, fue el primer intento de estas sociedades que se comenzaban a organizar como Estado soberanos, por participar en el mundo en condiciones de libertad y de igualdad. Al mismo tiempo, al asumir la forma republicana, los antiguos súbditos del imperio comenzaron a andar el camino de la ciudadanía.

En ese tiempo, nació la aspiración de la unidad latinoamericana. Lo que llamamos el sueño de Bolívar, que allí está inscrito en este Congreso, no pudo materializarse en esa época, pero ha permanecido como un ideal profundamente enraizado en nuestros pueblos, y que recobra mayor actualidad en estos tiempos de globalización.

Entonces era la Independencia y la construcción nacional los difíciles retos que nos impulsaban a la unidad. Dos siglos después, los desafíos que tenemos no son menos exigentes, y por eso también esos retos nos convocan a todos.

Por eso tal vez hoy es necesario pensar en una nueva proclama a los pueblos de América, 200 años después, en donde las esperanzas y los sueños son similares, pero los desafíos y las formas de abordarlos son distintos. Nuestra América no ha sido ni podría ser ajena a los profundos cambios que han afectado a todas las sociedades del planeta en el marco del actual proceso globalizador. Es cierto que nuestro continente ha sido desde el siglo XVI un escenario principal de la globalización o mundialización, entendida

como un proceso histórico de larga duración, y lo ha sido también, reconozcámoslo, en sus dimensiones más dolorosas.

El encuentro de dos mundos significaron muchas gestas, pero el encuentro de dos mundos significó también dominación, desigualdad, discriminación, que acompañaron este primer encuentro entre el viejo y el nuevo mundo. Y cinco siglos no han bastado para superar enteramente esa profunda brecha fundacional de nuestras sociedades y de su relación con el resto del mundo.

En la actualidad, los países de nuestra América Latina enfrentan, creo, uno de los retos más difíciles que nos ha marcado la historia.

A partir de los años 80, en este siglo XX que se fue, nuestros países se comprometieron en procesos de recuperación y fortalecimiento democrático. Desde los años 90, sobre la base de la democracia recuperada, de gobiernos y de estabilidad a las reglas de juego de la actividad económica, se creó un clima de confianza que hizo posible el aumento de inversiones y atracción de capitales extranjeros indispensables para impulsar el crecimiento.

Todos nuestros países, en mayor o menor medida, hicieron suyo el así llamado "Consenso de Washington". Reformamos nuestras economías para lograr un marco macroeconómico equilibrado, abrimos nuestros mercados para aumentar competitividad, reconocimos a un sector privado eficaz y en expansión como el principal motor del progreso económico. América Latina estaba haciendo sus tareas, América Latina se encaminaba así por un rumbo sólido y seguro, incorporándose a las tendencias principales del sistema internacional y aproximándose a la modernidad difundida por el proceso globalizador.

Sin embargo, hoy el balance dista de ser positivo, y una vez más la frustración asoma su rostro entre los pueblos del continente. Ello se debe a que los cambios de las políticas económicas se han traducido muy insuficientemente en bienestar para gran parte de los ciudadanos y la desigualdad se ha seguido reproduciendo.

Este malestar económico, este malestar social, se ha extendido en muchos de nuestros países al campo político, y amenaza la legitimidad de nuestras democracias. Vemos que crece el desapego a las instituciones, a las organizaciones, a los liderazgos.

Aquí tenemos un reto mayor. Como resultado de dificultades en el camino, los sistemas democráticos se debaten, y en muchos de nuestros conciudadanos se perciben como insuficientes para dar respuestas a las demandas de las mayorías.

El rol de los partidos políticos se desdibuja, las coaliciones que respaldan gobiernos se hacen dispersas, el personalismo en muchos y el caudillismo vuelve a emerger. Creo que sería trágico para nuestra América ceder a tentaciones populistas, porque ese no es el camino, ese es el atajo al término de la democracia. Y tan peligroso para ella es no aplicar políticas adecuadas, pero también no comprender que democracia que implique crecimiento económico tiene que implicar algo más en políticas sociales.

Creo que el problema puede resumirse en que las políticas económicas basadas en el Consenso de Washington no alcanzan por sí solas a resolver los desafíos de equidad y de igualdad de oportunidades, sin las cuales no es posible la cohesión social. Esta cohesión social requiere de políticas públicas orientadas a su consecución. Por lo tanto, ello exige, con la misma fuerza que hemos impulsado reformas económicas que son indispensables, llevemos adelante reformas sociales que brinden seguridad a la ciudadanía en ámbitos como el trabajo y la salud, la educación y el acceso a la vivienda, garantizando la protección social mediante sistemas universales, solidarios, eficientes e integral.

Estas reformas no son fáciles de implementar, como todos lo sabemos, provocan la resistencia de distintos intereses corporativos, concitan el rechazo de los fundamentalistas del mercado. Pero digámoslo aquí con claridad: el mercado asigna recursos y asigna bien los recursos, pero el mercado asigna recursos y asigna bien los recursos a los consumidores, para satisfacer sus necesidades. Todos somos consumidores, pero tenemos distinto poder de compra.

Una sociedad que cree resolver los temas de toda la sociedad a partir del mercado, es una sociedad que va a concluir en la mantención de la desigualdad que genera por sí solo mercado.

Para eso está aquí el Parlamento, en donde la sociedad se hace a partir de la definición de los ciudadanos. Es cierto, ciudadanos somos todos, consumidores somos todos. Los consumidores votan con el bolsillo, que es distinto. Los ciudadanos tenemos todos un voto que es igual. Las sociedades se tienen que realizar a partir de los ciudadanos, no de los consumidores. Una sociedad de mercado no es lo que los padres de la Patria tuvieron en mente cuando pensaron en la democracia.

Esto no quiere decir no entender las normas y reglas del mercado, en buenahora, pero se requieren políticas públicas que estén en condiciones de introducir los equilibrios indispensables respecto de todos aquellos ámbitos en donde son bienes y servicios que la sociedad entiende que están para ser satisfechos por todos los ciudadanos.

Y esto a ratos se nos olvida, se nos olvida ambos elementos, se nos olvida lo que deben ser las reglas macroeconómicas serias, rígidas, estables, de políticas económicas con seriedad. Pero eso no basta. Conduce al crecimiento, pero no basta si no va acompañado de políticas sociales que se hagan con la misma eficiencia en el ámbito de la educación y la salud. Y en donde, es cierto, estas políticas públicas implican discriminar, va a tener que dar más recursos donde hay más carencia, para restablecer los equilibrios y la cohesión social indispensable en nuestras sociedades.

Creo que en buena parte lo que estamos viendo en la América Latina de hoy no es el fracaso de la democracia, no es el fracaso de determinados planteamientos económicos, es que no hemos sido capaces de plantear con la misma fuerza la seriedad de las políticas económicas, con las políticas sociales indispensables. Es la única forma de superar los riesgos sociales asociados también a la globalización, y para cohesionar sociedades escindidas durante siglos. Son indispensables, asimismo, para que no se siga debilitando, y por

el contrario se fortalezca, la legitimidad de nuestros sistemas políticos y democráticos.

Hablo aquí a un Parlamento que con razón se considera heredero de lo que fue la proclama de agosto de 1809.

Y aquí, entonces, en este Parlamento, la expresión de la ciudadanía es donde tenemos que tener la capacidad de entender que los desafíos son mayores y más complejos, que no acepta el camino corto de la demagogia, pero tampoco queremos aceptar el camino de los fundamentalistas, que creen tener toda la verdad. Es allí donde los representantes del pueblo están llamados de nuevo a levantar su voz, y a levantar su voz en un mundo que cambió, y es en ese nuevo mundo que tenemos que actuar.

Los padres de la Patria se atrevían a entrar a un mundo para ellos tremendamente complejo, de colonia a país independiente, de monarquía a democracia. Hoy día, querámoslo o no, estamos aquí en este siglo XXI, que va a estar signado por el fenómeno de la globalización, en la cual vamos a tener que participar. Lo que no queremos es que el mundo se divida nuevamente entre globalizadores y globalizados, no queremos globalizadores, tampoco queremos ser globalizados, pero tenemos que asumir el desafío que tenemos.

Los cambios vividos en el continente se han asociado, para bien o para mal, a que la globalización es responsable de ello. Esta noción se ha generalizado para descubrir y comprender un fenómeno complejo, cuya duración y sentido es objeto de muchas controversias. Globalización como el fenómeno más característico de la época y, por la otra, lo que estamos viviendo no es si no la aceleración de un proceso histórico de integración mundial, que con avances y retrocesos se han desplegado durante medio milenio.

La dimensión económica ha sido la predominante como fenómeno globalización. No es casualidad que la Real Academia Española por primera vez en su edición del 2001 incluye el concepto "globalización" y lo define: "la tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales".

En verdad, la mundialización de bienes, servicios y capitales hecha posible por el progreso vertiginoso de tecnologías de información y comunicaciones, ha estado acompañada, sin embargo, de severas restricciones a la movilidad internacional de la fuerza de trabajo, al conservarse, incluso reforzarse, las barreras a las migraciones. Pero la globalización es más que eso. Comercio ha existido siempre, alguien podría decir que la primera gran fase globalizadora fue el descubrimiento del nuevo mundo. Lo nuevo hoy es la simultaneidad de la comunicación, lo nuevo hoy es que lo que está ocurriendo en la bolsa de Tokio lo sabemos de inmediato, no obstante el cambio de los usos, horarios en Nueva York o en Londres. Lo nuevo hoy es que al tocar de una tecla se transfieren billones y trillones de dólares cotidianamente en los movimientos de capitales a los cuales se refería el presidente del Parlamento ecuatoriano. Lo nuevo hoy es que la globalización es tal vez la inmediatez como nunca antes la ha conocido el ser humano.

Y es esta propia movilidad de bienes y servicios que continúa afectada por un proteccionismo asimétrico entre países desarrollados y mundo en desarrollo.

Es evidente que en el ámbito de la economía, y más específicamente de las finanzas, en donde el proceso globalizador ha experimentado una aceleración vertiginosa, que no tiene nada que ver con la guerra fría. Por cierto que este proceso trasciende la esfera meramente económica, deviene en un proceso cultural, social, político.

Ayer, con motivo del reconocimiento que hicimos a distinguidos intelectuales ecuatorianos en la Fundación Guayasamín planteé el reto que del punto de vista de nuestra cultura, nuestras raíces, nuestra propia identidad implica este fenómeno. Vamos a entrar a un mundo globalizado. Si no afincamos nuestra cultura con fuerza, aquí ustedes, que tienen tanta tradición en este ámbito, sus raíces, sus raíces son lo que les permite sortear con fuerza los vientos de la globalización.

Pero hacer de la cultura el centro de nuestro quehacer es parte esencial para enfrentar el mundo globalizado. Y es parte esencial

también para poder enfrenar lo que tenemos hoy: una globalización, por una parte, una caída del Muro de Berlín por la otra, pero que no cambió el curso de la historia, porque la caída del Muro de Berlín no hizo caer el muro entre ricos y pobres, entre alfabetos y analfabetos, no hizo caer el muro entre los que tienen y no tienen acceso a oportunidades de educación o de salud, esos muros existen, y esos muros plantean desafíos a los cuales todos somos llamados.

Pero ese muro, ese fenómeno globalizador, está además en una coyuntura actual marcada a fuego por ese trágico punto de inflexión que fue el pasado 11 de septiembre, un crimen no contra Nueva York, contra la humanidad, y también un desafío fundamentalista contra la globalización y contra los valores del derecho, la democracia y la libertad que nos ha obligado a prestar más atención a los aspectos políticos, culturales y sociales del fenómeno de la mundialización.

Es aquí donde me parece que los países de América Latina, amén de mejorar nuestro desempeño económico al interior de nuestros países, de fortalecer nuestras instituciones y adoptar políticas públicas que apunten a una mayor cohesión social, debemos asumir nuestras responsabilidades en la construcción de un orden normativo e institucional mundial adecuado para sortear los riesgos de la era global y aprovechar las oportunidades que se han abierto.

Una globalización sin reglas es una globalización donde las reglas las pondrán los más fuertes. Excúsenme, después de la Primera Guerra Mundial surgió la decisión de mirar al mundo de una manera de una manera global. Ahí estuvo Woodrow Wilson y sus 14 puntos y la liga de las naciones.

Después de la Segunda Guerra Mundial el hombre se planteó la posibilidad de decir "no más guerras". Surgió la carta de San Francisco y Naciones Unidas. Para el manejo de las relaciones económicas internacionales los acuerdos de Bretton Woods, y los históricos debates de Lord Keynes por Inglaterra y el plan White, del secretario americano. Y después, el 48 en París, la Convención de los derechos del hombre y el ciudadano a nivel mundial.

Es decir, esta gran coalición que emerge para defender la democracia en la Segunda Guerra, y que dicen “no al fascismo”, quiere decir “sí al mundo que se crea” y ahí esta Naciones Unidas, Bretton Woods, las Cortes de justicia. Es que el mundo en estos 50 años cambió.

¿Cuál es la carta de las Naciones Unidas hoy? ¿Dónde se debate el futuro? ¿O se debate en el G-7 ó en el G-8? ¿Y cuál es nuestra voz ahí, qué ocurre con los acuerdos de Bretton Woods, que se hacen para reconstruir la Europa desbastada por la guerra? ¿Y qué tiene que ver el mundo económico del 44 en Bretton Woods, con el mundo económico del 2002 a escala planetaria?

El Fondo Monetario surge para los tipos de cambio entre los países y su comercio. El rol del Fondo hoy día pasa a ser muy distinto. ¿Y dónde hemos debatido estos nuevos roles?

Entonces, es aquí donde creo que América Latina, junto a otros, tiene que volver a levantar su voz y decir “en ese mundo global es hora de plantearnos también cuáles son las nuevas normas que van a regir ese mundo global”.

Si hay un gran frente hoy ante la amenaza terrorista, que ese frente combata el terrorismo, pero que también dé el paso positivo de atreverse a abordar estas nuevas tareas.

La alternativa es desarrollar una globalización de más calidad, para lo cual es indispensable la inserción también de nuestros países en ese proceso. América Latina tiene que transformarse en un actor de la construcción de las nuevas normas e instituciones mundiales, que compatibilicen un manejo más eficiente de interdependencia global, con la adopción de principios claros de solidaridad internacional, estableciendo de esa manera reglas apropiadas de la gobernabilidad del mundo en que participamos.

Mejorar la institucionalidad internacional que sirve de marco a la interdependencia económica social global y a las transferencias internacionales de capitales, es un tema esencial. Hay que abrir paso a una agenda social internacional, basada en los derechos que tenga

como destinatario no sólo a los países, sino también a los ciudadanos. A ratos se mira mucho lo que ha logrado Europa en su proceso de convergencia y unidad, pero es que Europa, a la carta económica de Maastrich, que habla de los déficit fiscales que pueden tener los países, que habla de los niveles inflacionarios que tienen, han agregado la carta social, que establece los temas de desempleo y determinadas condiciones en el ámbito social.

Ahí entonces también podemos plantear si es posible pensar cuál es la carta social a nivel mundial que refuerza la cohesión de las sociedades a nivel global, tal como se han hecho los pactos sociales a nivel nacional a lo largo del siglo XX, que hicieron posible el éxito económico y el fortalecimiento de la democracia en la Europa devastada por la Segunda Guerra, por ejemplo; un pacto social global que encauce hacia metas sociales amplias e incluyentes a las fuerzas del mercado, que requieren de un ordenamiento institucional basado en valores y de la propia cohesión social para vivir y prosperar.

Desafíos de esta envergadura exigen la creación de condiciones internacionales que compensen las relaciones asimétricas de poder que hoy caracterizan al mundo global.

Pero es en este contexto, para poder hablar al mundo, que tenemos que hacer bien también nuestras tareas aquí. Y con la misma fuerza que demandamos normas a escala planetaria, tenemos que decir también que nuestra voz, para que sea fuerte, tiene que ser a partir, como muy bien decía el presidente del Parlamento, de demostrar que hemos hecho nuestras tareas internas. Para dirigirnos a hablar afuera tenemos que tener la autoridad de lo que hemos hecho adentro. No es excusa, para no hacer las tareas adentro, el que haya un mundo que aún no está ordenado.

Precisamente, si tenemos democracias sólidas, partidos políticos fuertes, que también se elevan a ratos para decir “no”, cuando las condiciones económicas nos obligan a decir “no”, y desenmascarar la demagogia cuando quiere utilizar el recurso fácil de la promesa para adquirir un voto. Así no construimos nuestros países. Nuestros pueblos son más inteligentes. Da muchos más votos a veces decir

“no” y saber explicar porque decimos “no”, a decir “sí”, y después vemos cómo lo arreglamos. A ratos se nos olvida.

Creo que lo que hemos hecho en muchos de nuestros países nos permiten mirar con optimismo el futuro. La historia nos enseña que la voz de nuestros países sólo se escucha cuando se expresa como voz regional y multilateral. Países pequeños como Ecuador o Chile, son los que más necesitan de normas universales, y países pequeños como Ecuador o Chile sólo unidos pueden influir en su adopción y en su cumplimiento.

Y tenemos experiencias históricas de las cuales enorgullecemos. Cuando Chile, Ecuador y Perú, y con posterioridad Colombia, hace más de medio siglo, nos unimos en la defensa jurídica del principio de la soberanía sobre la zona marítima hasta una distancia de 200 millas marinas, incluyéndose el suelo y subsuelo respectivo, estábamos hablando en un mundo nuevo, en temas nuevos. Y durante 50 años hemos perseverado, y durante 50 años hemos triunfado y hemos colocado este tema, con fuerza, con decisión. Es complejo, pero lo logramos. Ahora nuestra preocupación es cómo implementamos, cómo consolidamos.

Cuando se planteó 50 años atrás, ¿cuántos pensaron que íbamos a lograr avanzar lo que hemos avanzado en la toma de conciencia del mundo sobre este tema? Y lo hicimos países ribereños del Pacífico, en la convicción que el Pacífico es el Océano del siglo XXI, en la convicción que allí se va a escribir el futuro de este siglo. Hoy ya el Pacífico es la principal fuente del comercio mundial.

En consecuencia, lo que 50 años atrás fuimos capaces de hacer con imaginación, creatividad y perseverancia, es el ejemplo de lo que tenemos que hacer ahora frente a los nuevos desafíos. Pero lo hicimos con seriedad, lo hicimos con decisión, lo hicimos como nos enseñaron nuestros padres de la Patria, a no desmayar.

Entramos en un mundo distinto. Ningún Estado, ni siquiera el más poderoso, puede hacer frente unilateralmente a los grandes retos del mundo actual. Si esto es así para las superpotencias, para países como los nuestros la cooperación internacional es asunto de

supervivencia. Mediante mecanismos o iniciativas multilaterales escala regional o mundial podremos impulsar juntos una agenda que ofrezca soluciones globales a problemas también globales. La lucha contra el terrorismo, la construcción de un mundo más seguro, la vigencia de los derechos humanos y la democracia, el fin del proteccionismo asimétrico en el comercio internacional, la protección del medio ambiente, la superación de la pobreza, las desigualdades, el acceso a un desarrollo científico y tecnológico, la derrota del SIDA y otras enfermedades, el combate al narcotráfico, la criminalidad transnacional, son algunas de las grandes tareas en que el éxito lo vamos a alcanzar a nivel global. Pero para alcanzar el éxito a nivel global debemos hacer un esfuerzo para poder hablar por una sola voz.

Al terminar esta visita a Ecuador aquí en la sede del Parlamento, aquí quisiera ratificar mi profunda convicción de que la política exterior también se hace a través de los Parlamentos, a través de la capacidad de entendimiento de las tareas legislativas, que son el lugar de la expresión de la soberanía, la democracia y la voluntad ciudadana. La posibilidad de establecer, y no me corresponde a mí decirlo, pero qué duda que sería bienvenido, grupos parlamentarios conjuntos, chileno-ecuatorianos, para poder seguir tratando cada uno de estos temas, para entender lo que son nuestras experiencias al interior de nuestras sociedades. Hemos hecho esfuerzos en Chile por manejar la economía de una manera seria y responsable, pero con mayor fuerza también para tener más cohesión social, para profundizar la democracia. Pero queda tanto por hacer y tanto por aprender.

Y por eso hemos llegado acá, a aprender de lo que ustedes hacen, de su tarea cotidiana, y en esa tarea cotidiana, estoy seguro, estamos siguiendo la seña que nos enseñaron ayer.

Concluyo, señor Presidente, reiterándoles mis agradecimientos por este recibimiento en el Parlamento ecuatoriano, agradeciéndoles las palabras de usted, señor Presidente y la presencia de los legisladores y de todos ustedes esta mañana acá en Quito. Concluyo con la convicción que hablar de estos temas desde esta capital del equinoccio, que ustedes ubicados en el centro del mundo es tal vez el mejor lugar para pensar en los desafíos de un mundo global a partir de las tareas cotidianas en cada uno de nuestros países. Abordar el

tema del mundo nos obliga a ser más eficaces en nuestras tareas al interior de nuestras sociedades. Después de todo, para eso estamos aquí, al servicio público. Si estamos aquí para ese servicio público, entonces inspirémonos y planteemos una nueva proclama a los pueblos de América. Ustedes tienen la palabra, Parlamento de Ecuador.

Muchas gracias por haberme escuchado.

\* \* \* \* \*

QUITO, 30 de Julio de 2002.  
Mls/ems.